

D. POMPOSO RIMBOMBA
LUIS MARTÍNEZ DE CASTRO

NOTA INTRODUCTORIA

Marco Antonio Campos
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Centro de Estudios Literarios

Las únicas referencias directas de este magnífico artículo satírico que conozco son las que se hallan en la entrañable semblanza de Eulalio María Ortega y en las páginas de *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto, quien en dos pasajes coloca a Luis Martínez de Castro en altísimo lugar. Los tres se habían conocido de adolescentes en la tertulia del padre de Eulalio María, el periodista y poeta Francisco Ortega, quien la organizaba en su casa de Escalerillas 2. Prieto llamó a Martínez de Castro “joya y decoro de la juventud mexicana” y subrayó “que murió como héroe en la batalla de Churubusco” el 20 de agosto de 1847. Prieto lo retrató de esta manera (escribe como si lo recordara hacia 1835): “Bajo de cuerpo, ancho de espaldas, de ojos saltones y nariz roma, escaso en palabras, reservado y discreto, de moral severísima, pulcro en su vestido y sus palabras, estudioso y lleno de bondad para cuantos lo trataban”. En el segundo pasaje, añade a esto que “mucho dulcificaba la impresión que producía, su porte distinguido y su excelente educación”.

Hijo del magistrado Pedro Martínez de Castro y de doña Gertrudis Mesa y Gómez, el joven cronista nació en 1819, y perteneció a una hornada de escritores y poetas que darían lustre a la literatura mexicana, curiosamente todos liberales: Ignacio Rodríguez Galván (1816), Guillermo Prieto (1818), Ignacio Ramírez (1818) y Manuel Payno (1920). Los dos primeros estuvieron en la tertulia de Francisco Ortega (1832-1835) y los cinco pertenecieron a la Academia de Letrán (1836-1840).

Cuando con la gran ayuda de Fernando Tola llevé a cabo el rescate de las crónicas, artículos y traducciones de Luis Martínez de Castro (*La visita inesperada*, UNAM, 2003), por más que buscamos este famoso artículo, que citaban Prieto y Ortega hijo, no nos fue dable hallarlo. Llegamos a creer que no existía y que tal vez era un apodo que circulaba en los corrillos de los jóvenes amigos ex lateranenses, y se había quedado como una broma privada, como suele suceder cuando no hay el documento.

En mis conversaciones con Luz América Viveros sobre el siglo XIX, salió alguna vez el tema, y pocos días después, para mi enorme sorpresa, me envió una copia de la

feroz sátira, publicada el 23 de mayo de 1847, es decir, tres meses antes de la muerte de Martínez de Castro en la batalla de Churubusco del 20 de agosto. Es decir, existía y era notable.

Los políticos llegan a perdonar, o al menos dejan pasar, la crítica de sus gestiones; no perdonan la ridiculización, y menos, como en este caso, tan devastadora. Al hablar del artículo, escrito en plena guerra de México-Estados Unidos, Eulalio María Ortega escribió en diciembre de ese año: “‘Don Pomposo Rimbomba’ ha llegado a ser entre nosotros una denominación proverbial para todos los caracteres pedantescos y campanudos: nadie al leer ese opúsculo dejó de conocer en el retrato el original, y su editor fue en consecuencia, aunque con otros pretextos, mandado a visitar nuestros estados del Norte”.

La columna de Luis Martínez de Castro en *El Monitor Republicano* se llamaba *Varietades*. El título del artículo es “Apuntes para la biografía de algunos grandes hombres” y el subtítulo “D. Pomposo Rimbomba, marqués de la Hojarasca, conde de las Amarillas, barón de Tepeaca, etc., etc., etc.,” que, como observaba de otra manera Ortega, desde el nombre era chispeante y podíamos imaginar un personaje de esa índole. Martínez de Castro firmaba con el seudónimo de Mala-Espina, pero todos sabían quién era, como se sabía que el destinatario de la sátira era el general, político y seudoliterato José María Tornel.

Tornel fue secretario del presidente Guadalupe Victoria, tres veces gobernador del Distrito Federal, embajador de México en Estados Unidos y varias veces ministro de Guerra y Marina en gobiernos de Santa Anna (1833, 1839, 1841-1844 y 1853). Antes de Martínez de Castro, recibió en libros y periódicos numerosos ataques y bur-las. La historiadora María del Carmen Vázquez Mantecón escribe en su magnífico libro, el cual es indispensable para comprenderlo:

Sin embargo su peculiar actuación política durante cuarenta años consecutivos (1813-1853) despertó mucha incomodidad entre sus contemporáneos. Fue uno de los hombres que sufrieron más ataques de la prensa y de los escritores de folletos de entonces. No contó con opiniones de personas consideradas independientes o importantes [...] Para defenderse, Tornel decía que su vida había sido un permanente combate contra la calumnia. Sus armas fueron sus propias palabras y las de sus apologistas, que también hizo públicas.¹

Entre quienes le lanzaron granadas de alto poder estuvieron varias altas figuras liberales, como Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Valentín Gómez Farías y sobre todo Guillermo Prieto y Carlos María Bustamante, y, pintándolo en claroscuros, conservadores como la marquesa Calderón de la Barca, José María Bocanegra y

¹ *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel (1795-1853)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, pp. 14-15.

Juan Suárez y Navarro. El historiador Lucas Alamán no lo perdonó. Reconocía —lo que era estrictamente cierto— que había estado en los momentos más importantes luego de la Independencia, pero “ataviado como tráfugo de la conveniencia”. Sus adversarios no lo bajaron de traidor, de corrupto, de tener “virgen la espada”, de ser el perro faldero de Santa Anna, de frívolo, de convenenciero, de un arrogante que hablaba y escribía ampulosamente...

En su artículo, Martínez de Castro caricaturiza su gusto por las distinciones, su estilo hinchado para hablar y escribir² y la gloria negativa —pese a haber sido ministro de Guerra— de no haber ganado una batalla, y aun, añadiendo sobre esto último, de no haber disparado siquiera “una pistola de bolsa”, por lo que no podría acusársele de tener las manos manchadas de sangre.

Desde el principio, desde el subtítulo, el joven Martínez de Castro lo ubica como el muy noble marqués de la Hojarasca, es decir, en su hablar diario, en sus discursos y proclamas hay sólo palabrería y grandilocuencia. En cualquier clase o taller de escritura, se enseña desde el principio a evitar el mal uso o el abuso del gerundio; no fue el caso de Tornel. Martínez de Castro lo sobrenombra, asimismo, Fray Gerundio de la Tribuna. Contrastándolo, lo retrata como alto y gallardo con un alma “notoriamente baja y de mezquinas proporciones”. El modelo del siglo de Tornel fue Napoleón, pero el general mexicano apenas alcanza para que se le considere “un Napoleón de entremés”. Conoce mucho de uniformes militares, pero nada de planes de campaña y le es ajeno el arte de la estrategia. Si bien no dispara ni en defensa propia, posee un arsenal “de vocablos de grueso calibre que él llama discursos”. No es que *sea* literato, capitán y hombre de Estado, sino así es *considerado*, o más preciso, así lo consideran los aduladores y a sí mismo así se considera.

Martínez de Castro señala una aptitud de los políticos y empresarios mexicanos, en la que son —han sido— casi inigualables: en la tradición y la práctica de la venalidad. Para sus enemigos, Tornel fue un gran corrupto.

Desde febrero de 1847 —anota María del Carmen Vázquez Mantecón—, perdonado por Gómez Farías, lo traen del exilio en Tehuacán y ocupa de nuevo la dirección de la Escuela Lancasteriana y del Colegio de Minería. Quizá si Tornel y Canalizo, luego de la derrota en abril en Cerro Gordo, Veracruz, no hubieran convencido a Santa Anna que la Ciudad de México lo esperaba ansiosa y los habitantes lo veían como su salvador, aquel año funesto hubiera sido distinto. En ese año, Tornel, que no tenía una verdadera instrucción militar, es designado por Santa Anna cuartel maestre general, luego gobernador del Distrito Federal y, por último, ministro de Guerra y Marina.

² Sus contemporáneos, entre ellos la propia Fanny Calderón de la Barca, criticaban su cultura frívola y superficial.

Al final de la batalla del 20 de agosto, los defensores que se hallaban sitiados en el convento de Churubusco se quedaron sin parque. Es fama que, en una de sus habituales jugarretas o traiciones, Santa Anna envió sólo balas que servían para los fusiles de los irlandeses del Batallón de San Patricio. Frente a la puerta sur del convento, donde se hallaba el parapeto, quedaron aislados Francisco Peñúñuri y Luis Martínez de Castro. Trataron de romper la línea de fuego enemigo para volver al convento. Peñúñuri fue muerto y Martínez de Castro sufrió heridas. Conducido a una casa del centro de la ciudad murió a los pocos días a causa de que se le gangrenaron las heridas. En enero de 1856, el presidente Ignacio Comonfort, a iniciativa de José María Lafragua, hizo enterrar a ambos en el lugar donde cayeron, y se alzó un monumento funerario, que afortunadamente 161 años después aún perdura. “Muerte patriótica, valiente y gloriosa”, dijo en su biografía Eulalio María Ortega, publicada el 9 de diciembre del año funesto. Poco después de su muerte, el famoso poeta católico Manuel Carpio (1791-1860), en cuartetas conmovedoras, exaltó sobrecogido hasta la raíz del alma, la valentía del joven capitán de cazadores:

A la afligida patria en holocausto
Tu vida consagraste con ternura:
¿Cómo podrán los ayes de amargura
Turbar suceso tan heroico y fausto?

Tu noble pecho se mantuvo quieto
En medio del furor de la batalla,
Y al silbo de las balas y metralla
Pisabas el terrible parapeto.

Ruidoso deshonor hoy nos abruma;
¡Ay!, si hubieran seguidose tus huellas,
Jamás el pabellón de las estrellas
Flotara en la Ciudad de Moctezuma.

Por la referencia a la bandera de Estados Unidos ondeando en la plaza central de la Ciudad de México, el poema debió ser escrito después del 14 de septiembre de 1847.

Martínez de Castro murió, como decíamos, apenas tres meses más tarde de escribir la sátira. Tenía veintiocho años, un mes y dieciocho días. Si José María Tornel no ganó nunca una batalla, si sus guerras fueron de gabinete, Martínez de Castro falleció heroicamente en una, y aun en eso fue superior al mayor de los allegados santannistas.

José María Tornel murió el 11 de septiembre de 1853, es decir, el día en que conmemoraba el triunfo de Santa Anna en la batalla de Tampico contra el ejército

de Isidro Barradas, ejército, por cierto, diezmado antes por la fiebre amarilla. En los regresos presidenciales de Santa Anna, el 11 de septiembre era día feriado en el país. Salvo esa batalla sospechosa, Santa Anna no ganó una contienda definitiva ni importante contra un ejército extranjero.

De la memoria del general apenas perdura una calle en la colonia San Miguel Chapultepec. A cinco o seis cuadradas, en la misma colonia, está la calle Luis Martínez de Castro. Para su vanidad desmedida, de saber cómo sería olvidado y marginado, a Tornel le habría parecido una inexplicable y abrumadora injusticia histórica.

|

VARIEDADES¹
APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA
DE ALGUNOS GRANDES HOMBRES

MALA-ESPINA²

D. Pomposo Rimbomba, marqués de la Hojarasca,
conde de las Amarillas, Barón de Tepeaca, &c. &c. &c.

¿Por qué se ríe V. cuando yo paso?
¿Por qué pasa V. cuando yo me río?

Eso, eso pienso decir yo al que me salga al encuentro diciendo: ¿Por qué me retrató usted? Yo contestaré con Fígaro: ¿Y usted por qué se parece al retrato, o más bien al mamarracho que estoy yo pintando?

Pero no habrá, no, hombre tan sencillo, que si tiene ya landó, que es lo que importa, quiera todavía ponerse en berlina gritando él mismo: “ése soy yo”; además, nadie hay tan despreocupado en este perro mundo que crea mirarse al espejo cuando tiene delante una caricatura, aun cuando sea la suya en realidad. Luego tengo razón de estar tranquilo y proceder sin más demora á bosquejar mi muñeco, ya que no puedo alejar de mí la tentación, innata en los muchachos, de retratar a los viejos ridículos aunque sea con carbón.

La vida privada de los hombres célebres no sólo es del dominio de la biografía, sino que es el alma de este género de escritos; el que lo dude, lea á Plutarco. Sin embargo, soy enemigo de meterme en lodazales, y es ajeno de mi carácter andar a caza de pormenores curiosos, aun cuando se trate de esclarecidos personajes.

Aquí no hallarás, pues, lector amado, sino el perfil, por decirlo así, y algunas pinceladas toscas, pero características del muy noble marqués de la Hojarasca, considerado como literato, como capitán y hombre de estado, porque es mi ánimo diseñar en globo al hombre-muñeco, que así se puede llamar por excelencia, a D. Pomposo Rimbomba. —Quédese para mano menos voluntariosa y más diestra que la mía, hacer su retrato en miniatura, y entre tanto se presenta, vamos al grano—.

Es D. Pomposo de gallardo continente y alto de cuerpo, lo cual forma un ligero contraste con su alma, notoriamente baja y de mezquinas proporciones; bien que cuando le oigo hablar, me la figuro, no sé por qué, muy tiesa y muy almidonada.

¹ Publicado en *El Monitor Republicano*, el 23 de mayo de 1847, p. 3.

² Seudónimo de Luis Martínez de Castro.

Si bien se mira, es el marqués la parodia personificada y ambulante de la elocuencia, en sentir de muchos; otros defienden tenazmente que se le debe considerar más bien como el Fray Gerundio de la Tribuna, al paso que algunos insisten, con no menos calor, en que viene a ser bien visto el D. Hermógenes de las armas y las letras. Yo, después de meditar profundamente sobre tan diversas opiniones, he llegado a convencerme de que todos tienen razón. Porque cuanto tienen de encumbradas y altisonantes las palabras de Rimbomba, tienen de arrastradas y viles sus acciones. Por manera que su casquete y erudición, su valor y sus pantorrillas, todo es postizo.

Jamás ha disparado ni una sola pistola de bolsa, y por eso no está irregular en punto a derramamiento de sangre; sin embargo, el capitán del siglo es su modelo. —Esto parecerá contradictorio a primera vista, mas no lo es; porque si D. Pomposo imita á Napoleón, y por eso le califican unos de Napoleón de entremés, también es cierto que su imitación se ciñó siempre al estilo de las proclamas, y no más, y aun si se quiere, a la guerra también, pero a la guerra de gabinete, porque es bueno saber que a D. Pomposo le agradan mucho las corridas de toros, siempre que pueda él torear en coche—.

Esto no quiere decir que D. Pomposo sea enemigo de las armas; por el contrario, desde muy niño se consagró a ellas, y se puede decir que:

De las armas, la *carrera*
Siguió siempre con ardor.

Cuando lo ves, lector, en su gabinete, consultando autores antiguos y modernos, ya meditando, ya escribiendo alternativamente, ¿qué te imaginas que está haciendo? Cierto que no está combinando ningún plan de campaña, ni formando un itinerario militar, puesto que entiende más de teología que de estrategia, pero siempre es algo de la profesión, está casando de los diversos colores del nuevo uniforme que ha ideado, porque es el Federico II de los uniformes, o apuntando cuantas palabras largas y retumbantes, haya para intercalarlas en la primera proclama, discurso u oración cívica que pronuncie, y que tendrá cuidado de llamar “una improvisación”: ¡ah, la fama de este gran capitán!, semejante en un todo a la de los celebrados gallos de Tepeaca, cuyo paisano entiendo que es, se transmitirá de generación en generación. La afición del marqués no se limita a la *carrera* que ya dije, sino que la tiene también muy decidida a las bellas letras, según él mismo dice; bien que algunos creen que no es ni con mucho tan pronunciada, como la que siempre ha mostrado a las *bellas* por su lado, y a las *letras*, sobre todo las de cambio, por el suyo.

Dejo ya indicado que tiene cierta antipatía a las bocas de fuego, pero en cambio puede compararse la suya a una batería que continuamente está arrojando una descarga cerrada de vocablos de grueso calibre que él llama discursos.

Y ahora que hablo de su boca, diré de paso que sus dientes (que llamo suyos en el concepto de que están pegados), tienen sobre todo la ventajilla de ser *incorruptibles*; la dentadura es lo único de ese género, que suelen tener muchos de nuestros hombres de estado.

Tiene D. Pomposo todos los tamaños de un grande hombre, en caricatura por supuesto; o lo que es más cierto, los de un grande hombre que al mismo tiempo fuese mujer.

Su prosopopeya es *inimitable*, y cuando perora con las palabras consabidas del capitán del siglo, no hay medio de contener la risa; porque si de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso, de lo hinchado a lo hidrópico no hay ninguno, y de lo encumbrado a lo *frío* tampoco. Dígalo si no *el Pico de Orizaba*.

Me han asegurado, y lo creo a pie juntillas, que mi héroe está sentido con Emilio Lefort, por haberse titulado éste en los periódicos “primer pastelero de México,” título que de toda justicia pertenece al marqués. En efecto, ¿quién mejor que él sabe hacer los pastelitos rellenos de bases de Tacubaya o frutas del *Tiempo*? ¿Quién sazona mejor las empanadas de picadillo de constituciones? Y luego, es mucha osadía llamarse un extranjero primer pastelero de México, el país clásico de las empanadas, donde pronunciamientos y contrapronunciamientos, constituciones, elecciones y persecuciones, todo es *al pastel*, menos los robos al erario que son al óleo, gracias a que los más de nuestros financieros, que apenas saben sumar, son padres maestros en lo relativo a *sustraer*.

Ya iba yo a terminar estos ligeros apuntes, dejando en el tintero, nada menos que un rasgo característico del marqués de la Hojarasca, a saber: que ni toma rapé, ni estornuda, ni anda como el resto de los mortales; pues ha hecho estudio profundo de no moverse si no es haciendo reír al que le ve. En todos los demás estudios, su profundidad es un vacío.

En suma, el celeberrimo D. Pomposo Rimbomba es grande, pero grande como el globo de Adolfo Theodore, siempre vacío, muy vacío. Su cabeza es un mar en que sólo hay sardinas. Su cólera es como la tempestad, pero tempestad de teatro, el estruendo de una caja vacía de hoja de lata.

¡Qué triste es considerar que en nuestro suelo se den rábanos inmensos, tarántulas colosales, gigantescos tábanos, estupendas sabandijas, mas no verdaderos hombres grandes! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué entre nosotros no guardan ya la debida proporción las cabezas de ajo y las de hombre?

Uno solo te pedimos, Señor; dánosle: mira que la nación se va trocando en madriguera de bichos, en nido de escorpiones y otras inmundas sabandijas.

El marqués (plagiando): —¿Hasta cuándo, ¡oh Mala-espina!, abusarás de nuestra paciencia?

Mala-espina (no haciendo caso): Hasta otro rato, lector.

